

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 9: No. 2, Mayo-Agosto, pp. 97-102

El Occidente globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria

Gilles Lipovetsky - Herve Juvin
Editorial ANAGRAMA, 2011
Colección Argumentos
Traducción Antonio-Prometeo Moya
ISBN 9788433963345



El Occidente Globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria es el más reciente libro de **Gilles Lipovetsky**¹ y **Hervé Juvin**² que, presentado en forma de debate, recoge dos visiones opuestas acerca del fenómeno de la globalización. Una visión optimista, la de

Lipovetsky, que acepta y promueve la capacidad de adaptabilidad de los seres humanos ante un mundo en decadencia, pero no en sus aspectos morales sino por el deterioro cultural y ecológico al cual se somete el planeta que habitamos, y al mismo tiempo, a pesar de los niveles de destrucción, es capaz de desarrollar nuevas culturas que se compenentran y conviven entre sí. Es una visión optimista (con cierta dosis de fatalidad) del proceso de construcción de una humanidad individualizada, más libre y democrática en relación con las viejas instituciones que en el pasado han servido de tutelaje como referentes ideológicos y religiosos de la modernidad occidental. Lo que Lipovetsky y Juvin nos señalan en este libro es que hoy en día, “las instancias simbólicas no son la religión ni los sistemas de parentescos: es el mercado”.

Cultura-mundo es el término acuñado por Gilles Lipovetsky para reflejar la sociedad capitalista global, “hiperconsumista” que desarrolla la cultura de la mercancía y de la marca, de la emoción sobre el pensamiento, donde predomina la soledad individualista que conlleva a una profun-

¹ Autor de libros como: *La cultura mundo: respuesta a una sociedad desorientada* (2010); *La pantalla global: cultura mediática y cine en la era hipermoderna* (2009); *La sociedad de la decepcion: entrevista con Bertand Richard* (2008); *Los tiempos hipermodernos* (2006) y otros más.

² Autor de libros como: *Le Renversement du monde - Politique de la crise* (2010); *Bienvenue dans la crise du monde*, (2009); *Produire le Monde* (2008); *L'Avènement du corps* (2006); y otros más.

da crisis de identidad, que establece una nueva relación existencial con lo lejano, y donde los planos ideológicos se sustentan en la conciencia del mundo como “fenómeno planetario” individualizado.

Para Lipovetsky la cultura-mundo es una consecuencia lógica del capitalismo globalizado que no se detiene ante los objetivos alcanzados en el desmantelamiento de las políticas proteccionistas que habían adquirido una relativa fortaleza en el mundo occidental. Por ello, pareciera que el capitalismo ha triunfado porque ha traspasado los objetivos racionales de la Economía como teoría social. Se trata de un proceso de mundializado que se hace omnipresente en un modelo imaginario basado en el hipercapitalismo universal, pero que hoy es aceptado culturalmente, porque se estructura y se organiza alrededor de las actividades individuales que en el día a día se nos presentan, bien sea en relación con la vida privada de cada uno de nosotros o en otros planos del desarrollo individual, como los son el deporte, la educación y hasta las artes. De manera que nos sometemos a una cultura mundializada sin oposición consciente, o para decirlo en palabras de Lipovetsky, nos relacionamos con una “globalización bajo coacción”.

Lipovetsky pretende señalarnos que el camino a la existencia occidental tiene un costo que se debe asumir, el de la individualización de la cultura liberal, a través de los mecanismos del mercado, donde el capital marca el ritmo de desarrollo universal, más allá de nuestras conciencias o de nuestras ideologías cada vez más politizadas, cuyo único camino es el de la integración individual, globalizada y sin remedio. Sin embar-

go, globalización no es únicamente un triunfo del mercado, sino también la imposición de aspectos culturales. Y es que el mercado dejó de ser el lugar (físico o abstracto) donde acudían oferentes y demandantes para nivelar el “precio de mercado”, sino que hoy en día es el mecanismo estructurador del comportamiento organizacional y de la vida en sociedad. Se trata de una cosmovisión inevitable del desarrollo cultural sustentado en la riqueza inmediata, que escapa a cualquier posibilidad de freno o límite impuesto por nación alguna. Por eso, desarrollada como fenómeno cultural, la globalización es en sí misma una concepción ideológica muy bien pensada, que responde a factores que van más allá de los procesos de racionalización occidental, y traspasa los límites del mito económico de la autorregulación de las fuerzas del mercado, que han pretendido establecerse como dogma del éxito occidental, pero que apunta claramente a la maximización de las ganancias de los agentes económicos mundiales, sin considerar las especificidades nacionales.

Este modo capitalista de producción ha sobrepasado los límites de la existencia racional de los aspectos asociados al libre mercado, porque ha desarrollado una cultura, que nos arropa al punto de no concederle espacio a nuestras propias culturas. Y debido a que sólo obedece a la dinámica del mercado, carece de referentes ideológico o institucional, porque con su inmediatez, la cultura-mundo valora lo superficial y lo espectacular como mecanismo propio de una hiper modernidad. Y es que para el mundo occidental, lo importante es la solidez de una hegemonía que en forma anónima desarrolla criterios de eficacia económica, aca-

reando con ello las desigualdades más extremas que época alguna haya conocido.

Para Lipovetsky, la cultura-mundo no tiene un lenguaje unificador porque no pretende homogenizar culturas; y como consecuencia del hipercapitalismo, el resto de las culturas se silencian y se “invisibilizan” negándole el derecho a su existencia. La globalización lo que hace es hibridar lo local con lo global, lo pasado con lo futuro, lo cosmopolita con lo vernáculo, exacerbando nuevas maneras de defender identidades culturales y lingüísticas, con el fin de reivindicar el pasado y la herencia colectiva. Paradójicamente con globalización, gracias en parte a la tecnología, se ha exacerbado la defensa por los valores autóctonos, y hoy se dispone de una variedad de ofertas culturales que se fusionan para dar paso a nuevas expresiones de vida urbana que coexisten entre los valores tradicionales y aquellos de la nueva modernidad. Con ello se reivindica el mundo occidental, porque como lo sugiere Lipovetsky, con globalización modernizarse es “occidentalizarse”, y aunque en la actualidad, Occidente se descentre, se pluralice, se integre a tradiciones, la civilización occidental es (todavía) única y universal.

Si pensamos en la tecnología como elemento importante de la globalización, entonces la cultura-mundo no es la expresión de un triunfo universal del mundo occidental, pues los medios tecnológicos no son incompatibles con el apego a las identidades propias de cada cultura, de hecho la cultura-mundo es tecnificada y sobre informada, que ha dado paso a una nueva forma de entender el mundo moderno, donde el espacio físico tangible ha desaparecido para ser sustituido por

una red de nodos conectados. Esa red de nodos desarrolló derechos universales que están por encima de los valores nacionales. Ejemplo de ello son los derechos humanos, que como ideología individualista se impone como valor central, muy diferente al principio del mundo industrial (primera modernidad, como la llama Lipovetsky) cuando los derechos humanos quedaban en segundo plano en relación con los valores nacionales. Se extiende con ello, los derechos básicos del hombre, bajo el principio de la universalidad occidental o eurocéntrica, sobre cualquier otra manifestación étnica cultural o cualquier principio diferenciador de los valores espirituales, morales, étnicos y religiosos de otras culturas (humanas). Hoy en día los derechos humanos son excusa y justificación para derrocar gobiernos, invadir territorios e imponer orden, de acuerdo a la lógica capitalista, basados en el principio de los valores liberales. Por ello, cuando aflora culturalmente el rescate por lo étnico, la modernidad entra en el dilema acerca de si se está en presencia de una convergencia de culturas y naciones o se está en el comienzo de un choque de civilizaciones.

Pero, ¿dónde está lo positivo de la avalancha del mercado sobre el eje cultural? La cultura-mundo es la cultura del triunfo de un ideal realizado, que se montó bajo la desaparición de los ideales utópicos; es el triunfo del mercado liberal individualizado sobre el pensamiento colectivo de la búsqueda de felicidad, la del triunfo de las marcas globales y de sus logotipos universalmente aceptados y reconocidos, que dejan de ser símbolos de diferenciación cultural, para pasar a ser fetiches del consumo cultural que unifica y universaliza el

vacío existencial de una cotidianidad “cosmetizada”. Con ello, el pensamiento universal ha dado paso a un lenguaje universal basado en la eficacia, que es idéntico en cualquier lugar del planeta, que unifica símbolos y sistemas de valores por igual. Se trata del triunfo del individualismo sustentado en el eclipse de los proyectos utópicos universales.

Para Gilles Lipovetsky, al mundo globalizado es el triunfo del individualismo, y ello gracias al aporte dado por Occidente a través de la imposición de un modelo cultural que se impuso sobre otras civilizaciones, con diversidades culturales, lo cual permitió la difusión de valores universales basados en la racionalidad científica, el cálculo económico y los derechos individuales.

La otra visión del libro es la expresada por Hervé Juvin. Se trata de una postura pesimista puesto que se basa en la denuncia de la existencia de mecanismos culturales que todo lo uniformiza, y en el que es imposible la existencia del hombre como persona que pueda desarrollarse bajo sus libres creencias, y con pleno respeto de la diversidad cultural. Juvin comparte con Lipovetsky los hechos que envuelven al concepto de cultura-mundo, por lo tanto sus análisis no son contradictorios en principio, sino que sus conclusiones y extrapolaciones, acerca de los efectos de la cultura-mundo en el proceso de globalización, revisten un grado de fatalidad que afecta la vida de los seres humanos. El sistema de mercado nos ha metido en una crisis de la cultura y de la lucidez del mundo. Es el Estado representante del mercado que ha elevado una infraestructura jurídica y política, para desarrollar argumentos morales en nombre de las libertades, y para censurar todo aquello que no

sigue el sendero de lo preestablecido como bueno que es útil, desarrollando con ello una subordinación de valores de la cultura al derecho, a la norma y a la conformidad. Enalteciendo con ello, el bien por encima del mal y poniendo coto final a los procesos históricos, al crear un Occidente globalizado que es insuperable en comparación con cualquier otra organización política del planeta.

Para Juvin, Cultura-mundo es otro de los eufemismos de la “economización del mundo”, que busca el mayor rendimiento y la máxima productividad. Bajo ese esquema, cada cultura tiene su precio, porque en globalización cada cultura se puede contabilizar. Se trata de una cultura que se fascina por lo individual, sobre todo a través del embrujo por lo virtual, lo cual aleja al ser humano de toda conciencia real, mientras forja y uniforma una cultura occidental; desechando, con ello, cualquier otra forma de manifestación cultural que no sea aportada por la globalización. Para Juvin ya no es posible elevar orgullosamente las banderas de una cultura que nos diferencie de otras manifestaciones culturales, hoy en día nuestra cultura pasa por el tamiz de la occidentalización, que nos funde en lo común, elevando con ello los niveles de indiferenciación cultural. Distinguirse en globalización es discriminar, lo cual nos conduce a renunciar a lo propio. Cultura-mundo es universal, individual, genérica y a la vez uniformada. Su único objetivo es ser una, abarcándolas a todas, apoderándose de ellas y reduciéndolas a la unidad.

La cultura-mundo crece con el poder que brinda el dinero, porque como mercancía la cultura es arrastrada hacia la venta a quienes no tienen más méritos que el dinero y, mientras ese esque-

ma funcione, funcionará también el negocio del desarrollo ilimitado de la cultura, cambiando con ello la relación con lo extraño, con el otro al haberse perdido los referentes de lo colectivo y singular, para dar paso a algo unificado sin particularidades. El poder del dinero ha cambiado lo universal por la uniformidad, reduciendo las culturas a la economía (la del mercado). El dinero lo homogeniza todo, desarrollando con ello el proyecto liberal, economicista e individualista, separando al individuo del colectivo. Las culturas tienen orden de adaptarse al dogma del mercado, a los derechos humanos y al interés individual, que prohíbe meternos en lo que no nos incumbe, lo cual conlleva a la indiferencia radical bajo la cobertura del relativismo. Dos extremos que benefician al mercado de la cultura. Para Juvín, la sociedad de mercado se ha apoderado de la cultura como fuente del creer y soñar de las personas, llamando cultura a lo que uniformiza. Pero, el problema no es tanto la uniformización de todas las culturas, como la ignorancia convertida en cultura. Es el aniquilamiento cultural de cualquier expresión que no rinda beneficios comerciales, financieros o mercantiles, en pocas palabras se trata de un movimiento de liquidación del mundo, que resume el dominio del liberalismo económico.

El proyecto neoliberal que genera la cultura-mundo intenta superar las estructuras colectivas, avalado con la declaración de los derechos humanos, que termina por ser el derecho de lo individual sobre lo colectivo, permitiendo con ello deslastrarse de su relación con los demás, con uno mismo y con la naturaleza. En este sentido, Juvín afirma que cultura-mundo es una negación

de la condición humana, que pretende realizar en la práctica los derechos ilimitados del individuo frente a cualquier colectividad, relativizando las conquistas de la civilización, pretendiendo “coronar” al hombre desnudo, al nómada asilado, infinitamente móvil, desvinculado en todo momento de todo, para condenar de antemano a toda sociedad constituida.

El Occidente Globalizado. Un debate sobre la cultura planetaria es un libro para reflexionar, que requiere leerse desprovisto de dogmas, bajo la luz del saber y del aprender, pues es mucho lo que en él se dice y quizás por ello, no siempre resulta fácil de comprender. Se trata de dos visiones que se confrontan para complementarse, que analizan con cierta profundidad, sin dejarse arrastrar por teorías escolásticas, las ambivalencias de la modernidad en el proceso de globalización, lo cual proporciona muchas ideas para la reflexión crítica.

El mundo de la cultura se organiza en función del crecimiento y el desarrollo del mercado, porque el mercado es el gran regulador democrático, que puede incluso volver a un inepto sin destreza alguna, en un gran artista, con el aval tácito que el silencio de los grandes inversionistas de arte avalan. En ese sentido, la cultura y todo lo que le rodea está en la obligación de convertirse en industria de la diversión, del entretenimiento si quiere prosperar. Así, cuando se habla de “industria de la cultura” se habla de algo que es medible, cuantificable porque entra en una categoría de bienes sujetos a compra y venta. Por lo tanto, cultura-mundo termina siendo la cultura de la indiferenciación de culturas, pero diferenciada por

la cantidad de dinero que pueda transar, la que la supuesta ley de oferta y demanda determine, en un mecanismo de reproducción sin límites.

Sí, en definitiva, hay un rasgo que caracteriza este libro, es que brinda un cúmulo de dudas, en lugar de respuestas a los problemas que surgen en el proceso de globalización. Tales dudas cada autor intenta aclararlas en la discusión final, que bajo el formato de entrevista, realiza el filósofo Pierre-Henri Tavoillot. Dudas que se mantendrán por mucho tiempo, porque lamentablemente el proyecto neoliberal del mercado no ha concluido, se ha venido solidificando cada vez más "apertrechado" con la unidad y uniformidad cultural, y

desprovisto del obstáculo democrático que se heredó de culturas anteriores.

Por eso, el libro de Lipovetsky y Juvin abre el camino para una reflexión crítica que probablemente mantendrá vigencia, mientras la cultura-mundo siga afianzando su existencia y sus ambivalencias.

Jesús Alberto Andrade
Correo electrónico: jandrade@fec.luz.edu.ve
Editor de *Enl@ce: Revista Venezolana de Información, Tecnología y Conocimiento*.